

---

**Un futuro sin petróleo. Colapsos y transformaciones socioeconómicas** de Roberto Bermejo 163  
*Paloma Conde*

---

**Economía del cambio climático** de Jaime Terceiro Lomba 167  
*M<sup>a</sup> Ángeles García-Campero Corona*

---

**Memoria ciudadana y movimiento vecinal** de Vicente Pérez Quintana y Pablo Sánchez León (eds.) 170  
*Alfredo Ramos Pérez*

---

**Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones** de Edward Soja 174  
*José Luis Fernández Casadevante*

---

Libros



## UN FUTURO SIN PETRÓLEO. COLAPSOS Y TRANSFORMACIONES SOCIOECONÓMICAS

Roberto Bermejo

Centro de Investigación para la paz  
(Cip-Ecosocial) / Los Libros de la Catarata  
Madrid, 2008

350 páginas

El petróleo se agota. Esta afirmación –que nos parece ya casi manida por la gran cantidad de veces que aparece en los medios de comunicación, organismos internacionales, gobiernos nacionales, bares, cafés y tertulias– constituye el punto de partida de Roberto Bermejo, profesor de Economía Sostenible en la Universidad del País Vasco. Y no sólo el petróleo: el autor plantea, a través de la constatación del agotamiento de los combustibles fósiles (petróleo, gas y carbón), la necesidad de la transformación del modelo energético, económico y social seguido hasta ahora por otro, que él mismo –con la ayuda de una serie de experiencias en distintas sociedades actuales– construye y propone casi a modo de manual o guía de buenas prácticas.

Tras la lectura atenta de la obra contamos, por un lado, con un “estado de la cuestión” en los diferentes países en cuanto a acciones y estrategias para cambiar sus modelos energéticos; y, por otro, y en menor medida, con una reflexión sobre los elementos que componen una sociedad y la capacidad de transformación de estos, teniendo siempre muy presente el modelo de transformación de los ecosistemas en la naturaleza. En cuanto a las experiencias recopiladas de los distintos países, la información es de una gran riqueza y puede resultar de mucha utilidad para cualquier persona interesada en el tema, desde la simple curiosidad por un país en concreto hasta la consulta del desarrollo de una energía renovable determinada.

La reflexión acerca de la transformabilidad de los sistemas socioeconómicos (SSE) resulta

más ardua. La manera en que Bermejo desmiembra los elementos constitutivos de una sociedad quizá pudiera parecer a algún lector o lectora algo organicista y esquemática. La comparación con los ecosistemas se diría que es más una herramienta de visualización de los retos energéticos a los que los SSE se enfrentan, que un ejemplo a imitar (estrategia biomimética). Las sociedades humanas funcionan a partir de un orden natural y material dado, pero luego construyen otro tipo de equilibrios o desequilibrios basados en intereses contrapuestos –a veces incompatibles– y en cualquier caso diferentes a los de los ecosistemas naturales.

El libro se estructura en siete capítulos: en el primero, se desarrolla el argumento teórico y en el sexto la reflexión sobre la transformabilidad. El techo de los combustibles fósiles, en el segundo; sus consecuencias, en el tercero; las energías renovables, en el cuarto; algunas sociedades ya en transformación, en el quinto y la clasificación de los países según su grado de vulnerabilidad, en el séptimo.

La extensa información que se ofrece está muy bien documentada desde diversas fuentes. Sin embargo, hay que mencionar cierto descuido formal, que una corrección cuidadosa no debería tolerar: se encuentran errores de ortografía, repetición literal de algún párrafo, falta de información en algunos gráficos del capítulo 2 o traducciones confusas como la de palabra inglesa *embedded* (que significa inserto como parte integral de un todo), vertida en el texto para definir los ecosistemas como *embebidos* (que en castellano significa absortos en sus pensamientos, trabajos, etc). Quizás haya habido cierta prisa en la publicación del texto, y es lástima que ello afecte al resultado final.

En el primer capítulo el autor, haciendo uso de la biología como marco teórico y herramienta, analiza los SSE a través de la comparación con los sistemas naturales. Ilustra con el funcionamiento del *ciclo adaptativo* como elemento intrínseco de los ecosistemas, utilizando el concepto de *resiliencia* como “la capacidad de un sistema para retener esencialmente las mismas

funciones, retroalimentaciones y, por ello, su identidad cuando experimenta impactos". Los factores que determinan la mayor o menor resiliencia son el potencial (riqueza de un ecosistema), la conectividad (fortaleza en la conexión de los sistemas frente a factores externos), la panarquía (retroalimentación entre los diferentes sistemas superiores e inferiores respecto de un sistema) y la precariedad (el grado de cercanía de un sistema a perder su identidad inicial). En el caso de los SSE, algunos autores (Holling, Gunderson, Walker, etc.) han intentado aplicar el concepto de resiliencia con relativo éxito. Pero autores como Joung o Gallopin opinan que "el concepto de resiliencia no puede ser transferido sin crítica de las ciencias ecológicas a los sistemas sociales". Roberto Bermejo, por su parte, reconoce la utilidad de este concepto pero decide emplear otro, quizá más neutral, acuñado por Walker (del primer grupo de autores): *transformabilidad*. Esta sería la capacidad (de la gente) para crear un sistema fundamentalmente distinto cuando el sistema existente es insostenible.

El sistema económico actual, basado en el crecimiento económico sin límites y en la creencia en unos recursos energéticos inagotables, se caracteriza precisamente por su insostenibilidad. En este primer capítulo, y a lo largo de todo el libro, se utiliza el concepto de transformabilidad para analizar los cambios que los SSE tienen que atravesar como consecuencia del agotamiento de los combustibles fósiles. El análisis de la transformabilidad se lleva a cabo mediante los mismos cuatro factores de resiliencia antes enumerados, sólo que aplicados a la realidad de los SSE. El potencial y la conectividad determinarían hasta qué punto un SSE es susceptible de transformarse, mientras que la panarquía y la precariedad harían referencia a la vulnerabilidad de un SSE en un momento dado (y por tanto a la urgencia en realizar la transformación antes del colapso). Según el

autor, tras el reconocimiento del agotamiento de los recursos que hasta ahora nos habían permitido "crecer", es necesario que nuestros sistemas se transformen. Con esta premisa y el uso de los cuatro factores de transformabilidad llevará a cabo una clasificación de sociedades con mayor o menor capacidad de transformación.

Hasta aquí el esquema teórico parecería encajar. Sin embargo, cuanto más se profundiza en este marco de análisis, más necesaria se hace la construcción de nuevos conceptos para conseguir el éxito en la aplicación a los SSE. El problema de la trasposición teórica desde el ámbito natural al social es antiguo, y se produce de modo característico por generalización y reespecificación.<sup>1</sup> Un ejemplo lo encontramos en la aplicación del potencial como elemento de transformación en los SSE. El autor se ve obligado a hacer una distinción entre *tipos* de potenciales. Resulta difícil pensar en un potencial de las sociedades que no sea el propio potencial humano, de una u otra forma. Así pues, sabiendo que este no ha hecho más que debilitar el potencial natural, Bermejo hace una distinción entre potencial bueno y malo. El bueno sería el que apoya el cambio y es sostenible, como el uso de las energías renovables (PT o potencial transformador); y el malo, el que no permite el cambio y perpetúa el sistema dominante, como cualquier intento de seguir utilizando el petróleo como base energética (PP o potencial de perpetuación). Conceptos como la conectividad, la panarquía o la precariedad se encuentran con no menos complicaciones de ajuste al escenario social.

Este análisis, que comienza con el primer capítulo continúa de forma más extensa en el capítulo seis. Es precisamente donde Bermejo comprueba –y nos hace ver– la dificultad de analizar la transformación de los SSE a través de unos conceptos que siempre nos llevarán a ejemplos contradictorios. La mayor o menor conectividad (redes de información, flujos de

<sup>1</sup> Renate Mayntz, "Modelos científicos, teoría sociológica y el problema macro-micro", *REIS* 98/02, 1991, pp. 65-78.

materiales, de personas, comerciales) de un SSE no explica por sí misma la transformación del modelo energético de una sociedad. No cabe olvidar que la transformabilidad pasa, en sus cuatro factores, por la intención (de las personas que forman los SSE) de transformarse o no hacia un modelo determinado.

En el capítulo dos, Bermejo se emplea a fondo en contrastar las distintas estimaciones existentes sobre las reservas del petróleo y de otros combustibles fósiles, en particular el gas y el carbón. Su empeño y exhaustividad en mostrar las diferencias en los datos que obtienen unos más conservadores (AIE, US Geological Survey) y otros más preocupados (ASPO) hacen de la lectura del capítulo una actividad algo farragosa. La conclusión esencial sería que el techo del petróleo (*peak oil* convencional y no convencional) ya se ha alcanzado en algunas zonas como en Norteamérica, y que en el resto del mundo se alcanzará muy pronto (entre 2010 y 2030, según zonas y estimaciones). Parece que los otros dos combustibles (gas y carbón) tiene un margen en el tiempo algo más amplio, pero también limitado: y sus ritmos de consumo aumentan rápidamente como alternativa al uso del petróleo. Lo más preocupante es que, para algunos autores, “el techo del petróleo no sólo coincide con el techo conjunto de este y del gas natural, sino que también lo hace con el del conjunto de todos los combustibles fósiles”, y podría hallarse tan cerca como en 2015.

Aparte de la consecuencia más directa del agotamiento, la incapacidad de satisfacer la demanda creciente (China e India como nuevas potencias consumidoras) y la consiguiente subida de los precios, en el capítulo tres se exponen toda una serie de efectos de muy diverso tipo, comenzando por la concienciación en la generalidad de los países acerca de la necesidad de reducir la dependencia del petróleo (pero sin renunciar todavía a la lucha por el reparto de las reservas existentes). Todas las estrategias comerciales y militares de EEUU, Rusia, la Unión Europea y China responderían a este último criterio. Paradójicamente, al lado de esta

especie de “segunda guerra fría” tendríamos todo un escenario de cooperación entre países unidos, con la intención de “organizar el proceso de desconexión ordenada y justa de los combustibles fósiles y acelerar la transición a un modelo energético basado en la eficiencia y en las energías renovables”. Este objetivo está representado por el llamado Protocolo de Agotamiento (promovido por ASPO), mas parece que se enfrenta a dificultades e injusticias ante el reparto de las tasas de consumo entre países más y menos desarrollados (recordando al mal funcionamiento de Kyoto).

Más allá de las buenas intenciones, los efectos del techo ya se dejan ver en nuestras economías, desde la subida generalizada de precios, la desvalorización del dólar o la crisis del “sistema de endeudamiento” financiero, hasta las transformaciones en diferentes sectores de la industria (con la producción de biocombustibles y bioproductos), de la agricultura (aumento de la agricultura ecológica) o del transporte (inversión de muchos gobiernos en el ferrocarril).

El autor también nos deja imaginar como tesis (basándose en otras sociedades) el futuro de una sociedad transformada y a la que algunos han llamado *desglobalizada*. Habla de una economía altamente descentralizada donde las distancias entre las relaciones comerciales tienden a acortarse, donde las actividades de reparación y reciclaje empiezan a sustituir a las de manufactura, donde la captación energética se hace a través de las energías renovables y donde prima el transporte colectivo tanto en barco como en ferrocarril. Este cambio de modelo se consolida cuando el abastecimiento energético pasa de ser fósil a solar.

El autor dedica todo un capítulo (el cuarto) a la descripción de las distintas tecnologías de captación y conversión de energías renovables. Algunas son más conocidas, como la eólica, la hidráulica o la solar térmica; otras, como el hidrógeno y las células de combustible, aunque se hallan menos extendidas, parecen ser el futuro en combustibles... y más importante aún, la

única alternativa al petróleo por su gran potencialidad en el transporte (automóviles, autobuses, trenes e incluso aviones). El problema en la aplicación de estas energías es precisamente uno de los puntos de arranque del libro: como “los gobiernos no han previsto el problema del agotamiento del petróleo, ni tampoco la escalada de precios, es difícil también prever cuándo los precios del hidrógeno serán competitivos como para introducirse en el mercado”. Así pues, aunque existen intentos internacionales como el de IRENA (Internacional Renewable Energy Agency) para gestionar este cambio de modelo energético antes del total agotamiento, parece que hasta que no nos acerquemos más aún al colapso no introduciremos de manera real estas nuevas energías.

Como un aliento de esperanza, el autor dedica la última parte del libro a destacar varios ejemplos de sociedades adaptadas a nuevos modelos energéticos o en proceso de adaptación, para terminar proponiendo una clasificación de sociedades en función de su dependencia al petróleo, su vulnerabilidad al techo y sus factores de transformabilidad. Cuba y Dinamarca son sociedades que se vieron obligadas a cambiar sus modelos energéticos drásticamente y rápidamente por una repentina escasez de petróleo. Dinamarca, afectada gravemente por la crisis iniciada en 1973, adoptó medidas de choque contra el consumo del petróleo que serían de difícil aplicación en otros países (prohibición de usar coches los sábados, impuestos del 105% en coches nuevos); la energía eólica alcanza una cuota de mercado del 20%.

Tras la caída del bloque soviético, Cuba sufrió un brusco desabastecimiento de petróleo. El autoabastecimiento de la población en cuanto algunas clases de bienes, así como la cartilla de racionamiento, fueron y son factores fundamentales en la superación de la crisis, pero no hay por qué olvidar que las medidas de liberalización selectiva (que el autor prefiere llamar “ini-

ciativas espontáneas”) adoptadas con cierto escepticismo por el Gobierno de Fidel Castro en el sector de la agricultura y de la artesanía<sup>2</sup> hicieron posible una reactivación económica sostenible con el comercio interno de alimentos y la venta de artesanía a turistas dotando a la población de mayores recursos.

Aunque sin duda estos dos casos tan distintos ofrecen ciertos rasgos ejemplares en materia de sostenibilidad, hay que tener en cuenta que se trata de situaciones excepcionales. Llevaron a cabo una transformación como respuesta a un estado de emergencia. Desgraciadamente, la mayor parte de nuestras sociedades actúan con verdadera intención de cambio sólo ante situaciones de emergencia (y a veces ni siquiera entonces).

El cambio pasa indudablemente por la aceptación del problema y la evaluación de sus efectos en cada sociedad, para poder adoptar las estrategias necesarias. Algunas sociedades –como Suecia, el sur de California o las ciudades de Oakland y Portland– están ya en el estadio de las estrategias (desde la reducción del consumo de combustibles fósiles entre un 25-50% hasta la reordenación del territorio y optimización del transporte público). Casos como los de la isla canaria de La Palma en España, o el movimiento de las *transition towns* en Irlanda, se pueden considerar también ejemplos de sociedades en el camino de la transformación.

El panorama mundial resulta enormemente variado en cuanto a modelos tanto energéticos como de orden social, y podríamos hacer agrupaciones y clasificaciones infinitas de los distintos países según qué criterios escogiéramos. Bermejo construye una clasificación de países en función de su vulnerabilidad al petróleo y de su transformabilidad. En cuanto a la vulnerabilidad divide a las sociedades en: países OCDE, países no OCDE y países exportadores de petróleo (OPEP). La vulnerabilidad puede ser “muy alta”, “alta”, “bastante alta”, “media”, “baja”

<sup>2</sup> Cristina Xalma, “¿Cuba, hacia dónde? Transformación política, económica y social en los 90. Escenarios de futuro”, 2007, pp. 52-56.

y “muy baja”. Los muy vulnerables son los países más pobres y altamente dependientes del petróleo: entre otros, los países centroamericanos y caribeños y la gran mayoría de los subsaharianos. En el otro extremo, los menos vulnerables serían los países exportadores de petróleo y con gran desarrollo de las energías renovables, además de con poca población: Noruega y Canadá. Los demás se situarían en cada grado de vulnerabilidad en función sobre todo de su dependencia y consumo de petróleo, el uso de energías renovables y la cantidad de población.

Finalmente, el libro termina con la clasificación quizá innecesaria de los países en función de su transformabilidad. Innecesaria porque el autor la lleva a cabo previamente de manera exhaustiva en el caso de la vulnerabilidad, y estos dos conceptos contienen elementos comunes en su intento de analizar el por qué y como del cambio de modelo energético. La diferencia más importante en cuanto a la transformabilidad estaría en los esfuerzos de los países por desarrollar y aplicar energías renovables, transporte público y abandono del automóvil privado.

No hay duda de que un análisis de este tipo, global y pormenorizado, resulta no sólo útil sino muy necesario teniendo en cuenta el momento energético en el que nos encontramos. Sin embargo, las variables incluidas podrían haber sido sintetizadas en una clasificación más sencilla que la propuesta de los cuatro conceptos de transformabilidad. El potencial visto de manera más amplia reúne la conectividad, la panarquía (la flexibilidad, intercambio y dependencia o independencia necesaria en los SSE para desarrollar un potencial de cambio) y la precariedad (como el no potencial) en su definición. Por tanto, creo que sería correcto decir que la transformabilidad de los SSE incluiría por un lado su potencial de cambio (infraestructuras y recursos en sentido amplio) y una intención real de cambio a través de la conciencia y la acción política y social real orientada hacia dicho cambio.

*Paloma Conde*

## ECONOMÍA DEL CAMBIO CLIMÁTICO

Jaime Terceiro Lomba

Taurus

Madrid 2009

140 páginas

No cabe duda. El cambio climático (CC) es una realidad tan evidente y documentada hoy en día que negarlo resultaría casi tan sorprendente como no querer reconocer que tras el día viene la noche. Innegable también el peso que la actividad del ser humano ha tenido en este fenómeno novedoso y global, así como el impacto ecológico y social que va a suponer (y la magnitud que puede llegar a alcanzar en caso de seguir aplazando medidas que ya no deben postergarse).

El CC ha sido objeto de estudio por parte de científicos de diversas disciplinas –entre ellos ecólogos y climatólogos– y hoy en día lo estudian economistas también. Un momento clave tuvo lugar cuando Gordon Brown, ministro de Hacienda del Gobierno británico encargó al economista Nicholas Stern (antiguo miembro del Banco Mundial) elaborar un informe sobre lo que el enfoque económico tradicional no estaba teniendo en cuenta: el CC. El “informe Stern” (2006), que proporcionó un análisis del estado de la cuestión sobre economía y CC partiendo de los estudios científicos relevantes, recibió gran atención en todo el mundo y contribuyó a poner en marcha un debate sobre este asunto entre los economistas de la corriente mayoritaria (marginalista/neoclásica).

El debate de estos economistas –entre ellos Nordhaus, Witzman y el propio Stern– en relación con el CC se ha centrado en tratar de evaluar los costes y beneficios de las políticas –medidas de regulación de emisiones que puedan adoptarse para prevenir los efectos del CC–, así como los daños derivados de la inacción. En España, Raimundo Ortega y Miguel Córdoba (a partir de datos diferentes a los que ofrece Stern) y el mismo Jaime Terceiro Lomba

han participado en el debate. Induce a cierta melancolía constatar que, en sociedades tan mercantilizadas como las nuestras, mucha gente no parece prestar atención a asuntos de tan enorme importancia como el CC a menos que se les hable en el lenguaje de la cuantificación monetaria.

Jaime Terceiro Lomba ofrece en *Economía del cambio climático* un buen punto de partida para el cuestionamiento de la base “fossilista” de nuestro sistema económico, y pautas que podrían seguir los gobiernos y los agentes económicos para la progresiva descarbonización de la economía (incluyendo el fomento del uso de energías renovables con incentivos adecuados). Quizá cabría sintetizarlo con la siguiente frase del autor: “Hoy sí creo que el cambio climático es un problema que tiene que ser abordado, con urgencia”. Sin duda, la argumentación de un converso puede resultar más convincente para el sector “negacionista” que hoy sigue empeñado en cerrar los ojos ante la evidencia, pues en el pasado Terceiro Lomba –catedrático de Fundamentos de Análisis Económico en la UCM– fue uno de los suyos.

El exceso de gases de efecto invernadero tiene como consecuencia la ruptura del equilibrio térmico, afectando a la estabilidad del clima. El principal gas de efecto invernadero (GEI) es el CO<sub>2</sub>, que en los últimos años ha contribuido, tal y como recoge el autor, a generar más del 80% de dicho efecto, suponiendo esta cifra un incremento del 40% respecto de los niveles previos a la Revolución industrial.

La distribución de emisiones entre países y áreas geográficas es muy desigual. De esta manera, y siguiendo a Stern, Terceiro Lomba señala a EEUU, Canadá y Australia como los máximos emisores de CO<sub>2</sub> por persona y año (20 toneladas); les siguen Europa y Japón con alrededor de la mitad, China con una cuarta parte (pero esta cifra está aumentando debido al intenso empleo del carbón en este país), India con una décima parte y finalmente el continente africano con menos de una tonelada por persona y año. Las cifras mencionadas no deberían

sorprendernos si tenemos en cuenta la base económica de esos países o áreas geográficas, así como el nivel de industrialización de sus procesos productivos.

¿De qué manera puede generar el ser humano un impacto tal como el atribuido al CC? La respuesta que plantea Terceiro es: a través de la actividad económica. Siguiendo el “informe Stern” otra vez, el autor ofrece cifras de la distribución total mundial de emisiones de GEI por sectores de actividad y uso de la energía: 24% generación de electricidad, 14% industria, 14% transporte, 8% edificios, 5% actividades relacionadas con el uso de la energía (lo cual supone dos tercios del total). El tercio restante se distribuye con un 18% en usos del suelo, 14% agricultura y 3% residuos.

En el capítulo “El cambio climático y su origen”, el autor insiste extensamente en el origen antropogénico del fenómeno. Dirá al respecto que “una abrumadora mayoría de la comunidad científica de los países más avanzados está de acuerdo en que el CC actual tiene la huella humana; que éste ya ha empezado a afectar a los sistemas naturales y humanos; y que, además, generará riesgos que harán que sea difícil mantener en el futuro las costumbres y comportamientos actuales de la población mundial en los lugares en que hoy se asienta”.

Desde el análisis económico convencional (la ortodoxia neoclásica) analiza el CC como un *fallo de mercado*. Según explica, las emisiones de CO<sub>2</sub> generan *externalidades negativas* (daños a terceros) ya que los precios asignados a bienes como la calidad del aire o la estabilidad del clima no reflejan los costes de emitir GEI. Por tanto, estaríamos enviando señales equivocadas al mercado respecto los costes de producción, además de sufrir la consecuente pérdida de eficiencia que supone la divergencia entre los costes privados y los costes sociales de las emisiones. El autor señala cuatro características de estas externalidades negativas: 1) globalidad: las emisiones originadas en China tienen el mismo efecto que las que se generan en Francia; 2) largo plazo de su impacto, ya que los

gases permanecen en la atmósfera durante períodos muy dilatados de tiempo; 3) incertidumbre: desconocimiento de su alcance real; 4) capacidad potencial de originar cambios radicales e irreversibles.

No oculta Terceiro que este fenómeno, caracterizado por su potencial de generar transformaciones radicales y potencialmente catastróficas, supone un reto para el análisis económico tradicional, el cual, en general, “sólo entiende de cambios marginales”. ¿No debería conducir el reconocimiento de la insuficiencia de las herramientas intelectuales con las que está trabajando hacia una apertura a otros enfoques, como los que practican la economía insitucional o la economía ecológica? A idéntica conclusión llegaríamos en el capítulo sobre “Tasas de descuento e igualdad intergeneracional”, donde se desemboca en que las decisiones sobre usar unas u otras tasas de descuento tiene “un significado ético más que económico”, ya que lo que está en juego es el bienestar de generaciones futuras. De esta manera, argumenta el autor, utilizar tasas de descuento elevadas supondría posponer la toma de decisiones sobre el control de las emisiones de GEI, mientras que elegir tasas bajas o cercanas a cero induce a tomar acciones con carácter inmediato. Stern elige 0,1% de ahí que proponga acciones enérgicas e inmediatas; mientras que Nordhaus por su parte se inclina por tasas elevadas del 3%. Pero ésta no es una decisión técnica sino ética y política.

En el capítulo sobre “Análisis coste-beneficio e incertidumbre”, las elecciones de escenario que se pueden plantear desde una economía del CC son: *business-as-usual* o cambio de verdad. Terceiro Lomba opta por un escenario de cambio para evitar en lo posible y mitigar el CC, en el que las aportaciones más interesantes serían el situar el beneficio en “los daños que evitamos”. Al caracterizar al CC como potencialmente catastrófico (perteneciente a la clase de fenómenos que podrían causar enormes daños, aunque no dispongamos de suficiente información acerca de la probabilidad de que ocurran), plantea que el análisis de coste-beneficio asociado al mismo

no debería formularse con distribuciones de “colas finas” ya que “en el mejor de los casos, los resultados que proporcionan son simples cotas inferiores de la pérdida de bienestar esperada y no la mejor estimación de esta pérdida”. En su alineación con Weitzman sugiere la necesidad de una política preventiva frente al CC que se anticipe a ese tipo de riesgos, planteando que el coste de adoptar medidas no es tan grande como se nos quiere hacer creer (se situaría alrededor de un 1% del PIB global).

En el capítulo “Instrumentos de regulación de emisiones” se revisan dos clases de medidas que han de adoptarse para hacer frente al CC: instrumentos de mandato y control por una parte, e instrumentos de mercado por otra. Según indica, las primeras de ellas “en términos de eficiencia económica, sólo aseguran una eficiencia estática, y además sólo lo hacen bajo el supuesto –irreal en la práctica– de que todos los agentes afectados por la regulación tengan la misma curva de costes marginales de reducción de emisiones”. Los instrumentos de mercado, en cambio, generan incentivos para que los agentes económicos reduzcan sus emisiones. Sin embargo, Terceiro Lomba subraya la necesidad de emplear ambos tipos de instrumentos de forma conjunta. Dice el autor que “el único camino para mitigar la emisión de GEI pasa por igualar costes privados y sociales, lo que equivale a transmitir al usuario el coste correspondiente”.

En “Prioridades de gasto”, el autor hace referencia a un ejercicio que se llevó a cabo en la conferencia “Consenso de Copenhage” dirigida por Bjorn Lomborg en 2004. Se pidió a los economistas participantes que maximizaran el beneficio que podía obtenerse al invertir cincuenta mil millones de dólares a lo largo de cinco años en diez problemas básicos a los que se enfrenta hoy la humanidad. La lista era: enfermedades infecciosas (Sida); proliferación de armamento y conflictos militares; inestabilidad financiera; educación; sanidad; gobierno y corrupción; crecimiento demográfico; barreras comerciales y subsidios; hambre y malnutrición;

y cambio climático. El resultado fue la distribución de fondos entre cuatro proyectos: el sida, el hambre y la malnutrición, la supresión de barreras comerciales y finalmente la malaria. Al respecto del CC se dijo que “los costes de hacer algo para combatir [lo] exceden los beneficios que se obtienen”. Pero Terceiro Lomba, rebatiendo explícitamente al capitán de negacionistas Bjorn Lomborg, considera que existe en general un mal planteamiento de tales prioridades, ya que la estabilidad del clima debe considerarse como un prerrequisito de cualquier política de desarrollo económico debido a su carácter global. Ocuparse de este fenómeno no tiene por qué implicar desatender otros como la pobreza o el sida.

Ya hacia el final del libro, el autor –en el capítulo “Energías alternativas” – aboga por el empleo complementario de energías renovables (y una mejor financiación de las mismas, susceptibles de producir elevadas externalidades positivas) y de políticas de control de emisiones. Considera necesaria una urgente descarbonización de la economía.

Algo desenfocada parece la sugerencia de usar biocarburantes casi como sustitutivos de los combustibles fósiles. Si históricamente ya se ha aumentado la superficie de tierra cultivable casi hasta sus límites (con todos los impactos que entraña la agricultura industrial) cabe preguntarse si resultaría sensato tratar de intensificar aún más la producción agraria, esta vez no para alimentación, sino para biocarburantes (en el contexto de sobreconsumo energético donde nos movemos). Un estudio de la OCDE en 2006 indicaba que en Europa tendríamos que destinar el 72% de la superficie agraria a cultivos energéticos para producir sólo el 10% de los carburantes que usamos (un buen resumen de la cuestión en Jorge Riechmann, *La habitación de Pascal*, Los Libros de la Catarata, Madrid 2009). Abordar con rigor esta cuestión nos conduciría a los importantes debates sobre límites del crecimiento y finitud de los recursos naturales...

En definitiva, nos encontramos ante un libro escrito por un converso (ex-negacionista del

CC) que, consciente de que “una decisión política razonable no necesariamente lleva a una buena decisión económica” y de que “la posibilidad de compensar no da derecho a hacer daño”, así como de las limitaciones de sus propias herramientas analíticas (las de la economía neoclásica hoy dominante), pretende animar a nuestras sociedades a adoptar sin dilación las medidas que necesitamos para hacer de verdad frente al CC.

*Mª Ángeles García-Campero Corona*

**MEMORIA CIUDADANA Y  
MOVIMIENTO VECINAL**  
**Vicente Pérez Quintana y  
Pablo Sánchez León (eds.)**

Los Libros de la Catarata.

Madrid, 2008

*418 páginas*

“Nunca podré olvidar lo que para muchos de nosotros significó aquella manifestación de Moratalaz. Por primera vez tomamos la calle, justo cuando Fraga, el ministro franquista, decía que la calle era suya. Se equivocaba, no era suya, era nuestra...”

Coincidiendo con la celebración de los 40 años de historia del movimiento vecinal en Madrid, la Federación Regional de Asociaciones de Vecinos de Madrid (en adelante FRAVM) ha lanzado la publicación *Memoria ciudadana y movimiento vecinal*, que recoge algunos de los elementos más significativos de estos 40 años, así como los retos presentes y futuros que se presentan para dicho movimiento vecinal. Una publicación que acompaña el intenso proceso que en la FRAVM se está viviendo de cara no sólo a recuperar su historia (respondiendo a la consideración del movimiento vecinal como un movimiento ágrafo), sino a trazar una hoja de

ruta de cara a enfrentar nuevos retos en forma de Plan Estratégico para los próximos años (un Plan que se ha concluido recientemente después de un intenso proceso de debate dentro de las propias asociaciones, congresos vecinales y encuentros con otros movimientos sociales).

Organizada en tres bloques (“Identidad vecinal y ciudadanía activa”, más centrada en el análisis histórico; “Memoria ciudadana, testimonios”, que recoge diferentes testimonios de líderes vecinales que sirven como complemento a los elementos históricos trazados en la parte anterior y “Presente y futuro de los movimientos vecinales”, que aborda los retos presentes y futuros para las asociaciones vecinales), esta publicación cuenta con la colaboración de 23 autoras y autores, por lo que se rescata la tradición de cooperación entre profesionales, investigadores procedentes del mundo universitario y participantes del movimiento vecinal. De esta manera, sus páginas ofrecen una pluralidad de enfoques y miradas sobre la historia del movimiento vecinal y de las transformaciones de la ciudad donde se ha ido desarrollando.

La importancia de las memorias ciudadanas, y en concreto la del movimiento vecinal, reside en la necesidad de confrontar determinados relatos (que podrían considerarse como hegemónicos) referidos tanto a la historia de la ciudad como a la genealogía y significación de la democracia española (sobre todo desde la visión de la transición española como un proceso paradigmático de democratización, exportable y concluido). A este respecto, Pablo Sánchez León, en un recorrido por la memoria *biopolítica* de algunos líderes vecinales, señala que “la memoria ciudadana es una institución social que influye activamente sobre la calidad de los sistemas democráticos: es en las narraciones sobre los orígenes de las democracias donde queda fijada la manera en que se han obtenido los derechos civiles, políticos y sociales de las sociedades civiles, de ahí que la socialización de esos relatos determine a su vez, en gran medida, el modo en que los individuos interiorizamos esos bienes colectivos en

los que se funda nuestra condición de ciudadanos” (p. 103).

Ante la ausencia, en términos de esfera pública, de visiones diferenciadas relativas a este periodo, la recuperación de memorias ciudadanas, como la que desarrolla esta publicación responde al hecho de que “los regímenes de memoria son mucho más unidimensionales y fáciles de imponer cuando se despliegan sobre sociedades civiles incapaces de incubar una diversidad de memorias colectivas con arraigo social” (p. 102). El esfuerzo por recuperar la memoria del movimiento vecinal (las memorias que la componen), se plasma en los diferentes testimonios que aparecen en el libro y que recogen numerosos acontecimientos de la historia no oficial de la construcción de la democracia y de los derechos en este país, así como de las transformaciones de la ciudad de Madrid.

Entre los acontecimientos señalados aparecen episodios como la Guerra del Pan, que desencadenó “la manifestación más grande celebrada desde la guerra civil española. Los periódicos llegaron a contabilizar más de 100.000 personas en la calle [...] Para muchos ciudadanos la guerra del pan fue como un rito de iniciación a la democracia” (p. 136), la manifestación de la calle Preciados, las condiciones de vida en los barrios de los que surgió el movimiento por el derecho a la vivienda más grande que haya conocido Europa, los episodios de represión que padeció el movimiento vecinal... etc. Aparecen, también, nuevos referentes, nuevos elementos constitutivos de las memorias del movimiento vecinal, que se incorporan a la línea de continuidad con las nuevas generaciones, que ponen sobre la mesa referentes como la experiencia de los Centros Sociales Autogestionados o lejanos compañeros de viaje como el zapatismo, que junto con el movimiento antiglobalización, añaden elementos al repertorio simbólico y de construcción de identidad del movimiento vecinal.

A la hora de caracterizar el movimiento vecinal, revisando tanto su historia reciente, como los retos actuales y futuros a los que se está

enfrentando, Vicente Pérez Quintana plantea los siguientes elementos: “Uno de sus ejes vertebradores es que está pegado al territorio [...], otro rasgo significativo es su carácter interclasista. El sujeto del movimiento está formado por una heterogeneidad de estratos y categorías sociales [...] Un tercer elemento a resaltar del movimiento vecinal es, en similitud con la mayoría de los movimientos sociales, el bajo grado de especificación de roles. Sobre la rígida estructuración jerárquica, priman la flexibilidad de las relaciones horizontales y la descentralización organizativa [...] El asambleísmo es otra de las imágenes típicas del movimiento vecinal” (pp. 199-200). Junto con esta definición, es posible reconocer algunos elementos transversales en la historia del movimiento vecinal, especialmente dos: el derecho a la ciudad y el experimentalismo democrático. El presente y el futuro de dicho movimiento mantienen la referencia a estos ámbitos, actualizándolos al tiempo que se suman otros elementos que aparecen como necesarios ejes de trabajo.

*El derecho a la ciudad:* este ha sido uno de los elementos clave dentro de la historia del movimiento vecinal, que como movimiento social urbano “surge y subsiste por culpa de las contradicciones sociales, singularmente por las contradicciones que el desenvolvimiento del capitalismo crea en los procesos básicos de constitución, configuración y funcionamiento de las ciudades” (p. 201). De este modo, los 40 años de historia del movimiento vecinal, son la historia del conflicto en torno a las transformaciones urbanas y las demandas de construcción y garantía del derecho a la ciudad. En estos años aparecen conflictos en torno a la vivienda, los equipamientos públicos y colectivos, la movilidad urbana y por el reconocimiento de las alternativas urbanísticas que ha ido generando el movimiento vecinal. Un movimiento que lejos de ser meramente reactivo y responder a déficits rotacionales ha ido construyendo nuevos derechos sobre qué significaba dicho derecho a la ciudad.

*Experimentalismo democrático:* Desde sus orígenes, el movimiento vecinal pone en cues-

tion la esfera de la democracia. En primer lugar, abriendo espacios de participación en ausencia de derechos reconocidos al respecto y conformando en su esfuerzo por influir en la conquista de la democracia, verdaderas escuelas de ciudadanía a través de asambleas de barrio, de la reinención de las formas de la representación, movilizaciones y acciones colectivas de diverso tipo..., etc. Pero, tras la transición, el movimiento vecinal continúa enfrentando de manera conflictiva los estrechos límites de la democracia, considerándola no como algo definitivamente conquistado y limitado al derecho al voto, sino como un elemento en construcción permanente. Así, aparecen a lo largo de libro episodios que presentan cómo, más allá del descontento que supuso la transición, la victoria de “las izquierdas” en la arena electoral y la cooptación de líderes vecinales, desde las asociaciones vecinales se han seguido construyendo espacios y procesos de democratización (como el caso del Movimiento por la Dignidad del Sur u otros procesos de carácter comunitario), se han abierto espacios participativos de relación y negociación con las Administraciones Públicas (como los Planes de Inversión) y se han desarrollado otros procesos de experimentalismo democrático, que, tal y como se observa en las páginas de la publicación (no sin polémicas), ponen en relación directa al movimiento vecinal con la esfera de las democracias participativas. Una apuesta que tiene en consideración que “las experiencias participativas gratuitas, de balde, están condenadas a la inanidad. Son experiencias estólicas, sin fundamento, que caen con facilidad en las meras declaraciones de buenas intenciones o en demagógicos brindis al sol” (p. 226).

*Estado del bienestar, servicios públicos y patrimonio común:* Uno de los elementos claves de esta publicación es superar la falta de reconocimiento que recibió el movimiento vecinal respecto a su rol como agente dinamizador clave a la hora de poner en la agenda del debate sobre los derechos constitucionales y la conformación del Estado del Bienestar en España, determinados derechos sociales, civiles y políti-

cos, y poner sobre la mesa cuáles fueron los procesos y los actores que impulsaron el reconocimiento de muchos de estos derechos.

La batalla por lo público y lo común continúa siendo un eje estratégico del movimiento vecinal. Las transformaciones y los ataques que está sufriendo la sanidad pública en la Comunidad de Madrid y las movilizaciones que están enfrentando este proceso, ocupan un lugar destacado dentro de los retos presentes y futuros del movimiento vecinal. Algo similar ocurre con la defensa del medio ambiente, donde el movimiento vecinal presenta líneas correspondientes con el ecologismo popular, señalándose que, en sus orígenes, “sin ser muy conscientes de ello, y sin haberse acuñado aún el concepto de sostenibilidad, podríamos decir con toda propiedad que el movimiento vecinal es el primer movimiento que adopta una perspectiva integral y ecosistémica” (p. 316). Dentro del libro aparecen procesos de planificación o defensa de espacios verdes, luchas contra incineradoras, acciones en defensa de la movilidad sostenible... etc. A lo largo de estos 40 años “movimiento vecinal y ecologista han ido reconociéndose mutuamente en objetivos comunes” (p. 334).

Hay nuevos elementos sobre lo público, lo común y el bienestar que van incorporándose en la acción y en el plano discursivo del movimiento vecinal: “la apuesta por la libre circulación del conocimiento [...] abre un amplio campo de posibilidades de desarrollo de iniciativas y reivindicaciones políticas” (p. 415). Resulta un ejemplo de un campo de problematización de lo común, al que podría añadirse el desarrollo local y la economía social, identificándose dos ámbitos de intervención a ese respecto: “las asociaciones vecinales pueden operar como promotoras de iniciativas concretas, desde el apoyo a la creación de una cooperativa hasta tomar parte en la fundación de una entidad financiera ética [...] las asociaciones pueden actuar como agentes de estructuración del medio, entendiendo por tales a los agentes que, a través de su acción reivindicativa y de su

acción positiva, contribuyen a facilitar la materialización tanto de las condiciones favorables como de la infraestructura precisa” (p. 212).

*Interclasismo y construcción de ciudadanías:* Más allá de construcciones teóricas, el movimiento vecinal se configura como interclasista a través de la acción colectiva centrada en las reivindicaciones urbanas y de democratización política. Junto con esta perspectiva, el conjunto de la publicación plantea determinados procesos e interrogantes sobre cómo se ha ido conformando el movimiento vecinal y las condiciones de ciudadanía y las alianzas que ha ido generando. Junto al análisis histórico que señala que “tanto en los barrios degradados de las periferias como en los municipios del eje del cinturón industrial se entrelazaron significativamente los discursos y acción del movimiento vecinal y el movimiento obrero” (p. 51), aparecen discusiones respecto al rol de las mujeres en el movimiento vecinal y cómo se ha ido conformando “el papel desempeñado por las mujeres dentro de las asociaciones de vecinos y a la inversa, la función de las asociaciones en la formación y consolidación de mujeres con identidad de ciudadanas demócratas” (p. 54).

En la actualidad, el movimiento vecinal ha de asumir “que la composición social de nuestros barrios también se ha hecho más compleja. El “vecino” que protagonizó el surgimiento del movimiento vecinal tampoco está ya sólo. Comparte espacio público con mujeres, vecinos de distinta procedencia, jóvenes con una trayectoria y unas referencias vitales muy distintas...” (p. 414). La interculturalidad y el trabajo con jóvenes aparecen como dos ejes estratégicos dentro de los retos del movimiento vecinal.

Del mismo modo que aparecen las transformaciones en la composición de los movimientos sociales, registrándose a lo largo de la publicación no sólo cooperaciones y conflictos presentes y futuros, también surgen posibles escenarios de colaboración futuras donde “el objetivo de estos procesos de articulación del tejido social no debería de ser el ejercicio de un poder, la creación de más espacios de monopolio de la

participación política o la representación. Por el contrario, tanto los espacios comunes como nuestras asociaciones deberían ser, precisamente, instrumentos para la extensión y profundización de la democracia” (p. 417).

*Alfredo Ramos Pérez*  
Miembro de Ayni S. Coop. Mad.  
y colaborador del CIP-Ecosocial.

## POSTMETRÓPOLIS. ESTUDIOS CRÍTICOS SOBRE LAS CIUDADES Y LAS REGIONES

**Edward Soja**

Traficantes de Sueños  
Madrid 2008  
600 páginas

Edward Soja es profesor de Planeamiento Urbano en la Universidad de California y ha dedicado buena parte de su vida a comprender las sucesivas transformaciones que se han dado tanto en las formas de las ciudades, como en los estilos de habitarlas. El presente trabajo supone una de las reflexiones más ambiciosas que se han realizado desde el campo del urbanismo en las últimas décadas. Desarrolla un acercamiento crítico al hecho urbano, que pasa por insertar la dimensión espacial en el seno de los debates más actuales sobre las dinámicas económicas, políticas y culturales.

*Postmetrópolis* no es un texto convencional pues está orientado a entablar un diálogo desde el urbanismo con otras disciplinas académicas (sociología, economía, historia...) y con corrientes de pensamiento crítico cercanas a los movimientos sociales urbanos. A la vez que, simultáneamente, supone un estímulo, una invitación, a urbanistas de profesión para que se acerquen con otros ojos a las recientes transformaciones urbanas.

Se trata de una obra arriesgada pues encierra en su interior una triple intencionalidad encargada de vertebrar el texto: reescribir una historia del urbanismo que contemple en primer lugar el papel y las implicaciones de las transformaciones socioespaciales, analizar las principales variables que están transformando las metrópolis actuales y ofrecer una compleja y panorámica visión tanto de la revuelta, como de los impactos sociales de un levantamiento como el que sacudió la ciudad de Los Ángeles en 1992.

Estas tres miradas diferenciadas tratan de interconectar las distintas dimensiones de la realidad de las grandes ciudades actuales y las principales tensiones que recorren sus calles. Ofrecen acercamientos arriesgados y provocadores, desarrollos conceptuales que sintetizaremos siguiendo el mismo esquema planteado en el libro.

La primera parte del libro, titulado “Recartografiar la geohistoria del espacio urbano”, arranca defendiendo la imposibilidad de separar la geografía de la historia, pues la dimensión espacial es lo que permite materializar y contextualizar las relaciones sociales. Dos ideas fuerza orientan este trabajo, por un lado, el concepto de *sinecismo*, entendido como “la chispa” que genera la innovación y favorece la creatividad social y económica debido al hecho de vivir junto a otras personas. Una sinergia forjada por la proximidad espacial y las posibilidades que esta brinda. Por otro lado, encontramos la noción de *regionalidad del espacio urbano*, como forma de describir las interacciones históricas de un espacio central con asentamientos periféricos con los que mantiene relación: “asentamientos jerarquizados en términos de tamaño, ubicación relativa y distribución de las funciones de servicios”. Se hace hincapié aquí en la imposibilidad de comprender la dinámica de una ciudad sin ponerla en relación con el resto del territorio con el que mantiene relaciones políticas, comerciales o ecológicas.

Partiendo de estas premisas, rastrea la historia de las agregaciones humanas que devinieron en lo que se considera las primeras ciuda-

des, en una suerte de urbanismo del neolítico que nos lleva a Jericó o a Çatal Huyuk. Muestra cómo “desde el principio las ciudades son consideradas centros de innovación, lugares donde la proximidad densa y la copresencia interdependiente constituyen importantes rasgos modeladores de la vida cotidiana, del desarrollo humano y de la continuidad social” (p. 47).

Posteriormente, se traslada a la denominada segunda revolución urbana con la fundación de las primeras ciudades-Estado, primeramente vinculadas a los asentamientos en las orillas fértiles de los ríos de Egipto, Persia, India y China, pasando posteriormente a Europa. “Durante la primera revolución urbana, el sinecismo funcionó fundamentalmente en la esfera de la producción social, y promovió su radical transformación a través de la invención de la agricultura (cultivo y cría de animales), la creación de formas especializadas de trabajo manual y el desarrollo de redes de comercio. En la segunda revolución urbana, el sinecismo continuó en la innovación tecnológica de la agricultura, pero se concentró en la esfera de la reproducción social, generando una revolución esencialmente política que giró en torno a las innovaciones en la gubernamentalidad geográfica, haciendo posible el mantenimiento y la administración de sociedades y culturas cohesionadas cuyo tamaño demográfico y alcance territorial no tenían precedentes” (p. 104).

Las ciudades se consolidaron como espacios centrales, donde se concentraban tanto la autoridad y el poder de gobierno, como las universidades y las expresiones artísticas. Un proceso que nos lleva a la considerada tercera revolución urbana, en la que de una manera simbiótica, la industrialización se extiende de mano de los procesos de urbanización durante el siglo XIX. Una extensión cuantitativa (más población habitando entornos urbanos, mayor número de ciudades, crecimiento mediante ensanches, anexiones de municipios, nuevos desarrollos...) y cualitativa (mayor zonificación de usos de la ciudad, influencia determinante de las dinámicas en áreas limítrofes no urbanas, planificación del crecimiento urbano...).

Desde los entornos urbanos se lideraron los cambios en la institucionalidad de nuevas formas de gobierno, asociadas a la fundación y desarrollo tanto del Estado-nación como de las nuevas estructuras productivas. Estas confluencias provocaron el surgimiento de las primeras metrópolis industriales, analizando de una manera detallada dos casos considerados paradigmáticos, el de Manchester durante la primera mitad de siglo XIX y el de Chicago en la segunda. Dos metrópolis industriales donde se evidenciaron las tensiones y conflictos urbanos (segregación espacial por clases, dinámicas de expulsión del centro de las ciudades de las clases populares, construcción de suburbios conectados para las élites, problemas de salubridad, de toxicidad por las industrias...). Siendo lógico que en ambas ciudades se fundaran las primeras escuelas de estudios urbanos para tratar de comprender dichas dinámicas.

Este apartado acaba con una reflexión sobre la crisis urbana del modelo metropolitano iniciada en torno a 1960, recorriendo la obra de autores como M. Castells, D. Harvey o H. Lefebvre. Se describe la ciudad como “una máquina generadora de desigualdades por su propia naturaleza, creando así un terreno fértil para el empeoramiento acumulativo de las injusticias, en el contexto de las geografías urbanas y de las interrelaciones de los procesos sociales y las formas espaciales” (p. 165). La atención a la creciente complejidad urbana, se ejemplifica en la superposición de problemas relacionados con los estilos de vida, las subculturas urbanas y sus usos diferenciados del espacio, la pérdida de la dimensión comunitaria de los barrios, la cuestión racial y étnica, las luchas de los movimientos sociales urbanos por los equipamientos colectivos, la vivienda o la dignificación del paisaje urbano.

Esta crisis lleva a E. Soja a reconocer la dificultad de describir y comprender las dinámicas metropolitanas de una manera similar a como se habían estudiado después de la segunda guerra mundial. El concepto de *postmetrópolis*, sería una propuesta por nombrar las distintas

innovaciones (sociales, culturales, económicas...) que van surgiendo en el espacio metropolitano, especialmente a partir de finales de los años ochenta. Dicha propuesta enlaza con la segunda parte del libro, titulada "Seis discursos sobre la postmetrópolis".

En "La metrópolis industrial postfordista", analiza los impactos de la reestructuración industrial (deslocalización de las tareas intensivas en mano de obra, manteniendo los centros decisivos y las actividades de mayor valor añadido, transición a una economía donde priman los servicios frente a la industria, precarización y flexibilización de las condiciones salariales, la nueva dimensión del ocio, la producción cultural o las nuevas tecnologías). Incidiendo sobre cómo se refleja en los mercados de trabajo y su segmentación según género, raza o identidad étnica.

Investiga también el surgimiento de áreas económicas emergentes, y cómo se localizan los complejos industriales, los centros logísticos avanzados o cómo se dan las especializaciones económicas de determinadas áreas metropolitanas. Y el papel que juegan en ello las distintas instituciones, la organización industrial, el cambio tecnológico y la educación.

"Cosmópolis" aborda cómo los distintos centros urbanos se han convertido en pequeños fragmentos del mundo, donde convive una diversidad cultural creciente, conformando los espacios culturalmente más heterogéneos que ha conocido la historia. Esta heterogeneidad también se traslada a la economía al mostrar una desigualdad social igualmente diversa, permitiendo ver el primer mundo, segundo y tercero en la misma ciudad.

En este capítulo se presenta también cómo en el proceso de globalización se ha dado una cierta pérdida de soberanía de los Estados-nación, transfiriendo competencias a instituciones supranacionales y lo que resulta más interesante hacia las ciudades. Un proceso que ha dado un nuevo protagonismo a los municipios y su capacidad de iniciativa.

"Exópolis" plantea la reestructuración de la morfología, de las formas urbanas, desafiando

las definiciones convencionales de lo urbano, suburbano y rural, pues la *postmetrópolis* sería una nueva forma anclada en una escala regional. "La vieja dicotomía campo/ciudad queda reconstituida en la metrópolis moderna alrededor de paisajes o mundos urbanos y suburbanos, cada uno con su característico estilo de vida" (p. 343).

La exópolis también "haría referencia al crecimiento de las ciudades exteriores" (p. 355), donde municipios cercanos a la ciudad central se pueblan densamente, debido al abandono de los centros urbanos, por el precio de la vivienda o a la instalación de la nueva reindustrialización postfordista en los suburbios. Una reurbanización que implica tanto el surgimiento de estructuras policéntricas (diversos polos de atracción, dinamismo y gobierno), como el reconocimiento de diversas formas arquitectónicas y variadas morfologías urbanas en una misma *postmetrópolis*.

El capítulo "La ciudad fractal" hace referencia a las nuevas formas de injusticia y marginación en medio de espacios de alta concentración de riqueza. Una ciudad polarizada en la que según datos de principios de los años noventa, en Nueva York y Los Ángeles, una quinta parte de la población con más ingresos concentraba más riqueza que las otras cuatro restantes. Datos similares a ciudades como Karachi o México DF.

Dicha polarización urbanísticamente se ha expresado, entre otros procesos, en que las élites y los profesionales superiores han promovido procesos de "gentrificación", sustitución de la población tradicional por población de más ingresos. Los espacios urbanos se acomodan a sus intereses y estilos de vida, principalmente en las zonas anteriormente desprestigiadas de los centros urbanos. Mostrando cómo las opresiones económicas "se producen y reproducen hasta un determinado grado a través de los nuevos procesos de urbanización", (p. 396).

Ante este aumento de los procesos de exclusión social se ha extendido lo que Mike Davis denomina como ecología del miedo. Una forma de construir ciudad inspirada en el miedo

al otro, lo que ha conllevado la proliferación de viviendas con sistemas de seguridad física y mecanismos arquitectónicos de control social. Apoyados por una vigilancia policial de los flujos de movimiento, demarcando territorialmente quién dispone de derecho a usar qué espacios. Un urbanismo securitario que se analiza en el capítulo “El archipiélago carcelario”.

En él se evidencian las dinámicas por las cuales los valores y cualidades que caracterizan al espacio público (su valor relacional, su uso colectivo y su multifuncionalidad) se están erosionando, a la par que se expande un retraimiento de la vida a los espacios privados.

En este capítulo se describe también el funcionamiento de los movimientos de propietarios de viviendas, que durante años se han movilizadado en defensa de su estilo de vida y por extensión por mantener el valor de sus viviendas, dificultando el asentamiento de minorías en sus barrios, promoviendo un ambientalismo socialmente injusto o reclamando mayor autogobierno. Y al que como contrapunto se le ha ido oponiendo en los últimos años un activismo de base, interclasista e intercultural, que está defendiendo una mayor justicia ambiental y espacial, y que lucha contra la sobreinstalación de industrias e infraestructuras nocivas en los barrios populares habitados por las minorías y reivindica también una mayor participación en los procesos de planeamiento urbano.

Y por último en “Simcities” estudia la relevancia de los mapas mentales que nos hacemos de las ciudades, cuáles son nuestras percepciones y como se generan los imaginarios urbanos. Pone de manifiesto cómo las formas en las que pensamos y actuamos en los lugares en que vivimos están condicionadas por los medios de comunicación, internet o los videojuegos. Incluso se ha llegado a que se planteen estrategias donde se ha “manipulado la conciencia cívica y las imágenes populares del espacio y de la vida urbana con el propósito de mantener el orden” (p. 452).

La tercera parte, “El espacio habitado: repensar 1992 en Los Ángeles”, supone un

ejercicio de creatividad al acercarse a la revuelta que sacudió dicha ciudad mediante una suerte de mosaico realizado a partir de la recopilación de fragmentos de libros, relatos breves y entrevistas. Construye una síntesis coral que permite el acercamiento a uno de los acontecimientos que más ha sacudido a la sociedad norteamericana, sin simplificarlo y mostrando sus múltiples dimensiones a partir de la conexión de diferentes voces que lo han vivido y han reflexionado sobre el mismo.

El celebre urbanista L. Mumford afirmaba en la introducción a un texto suyo, que “este libro comienza con una ciudad que era, simbólicamente un mundo, y concluye con un mundo que se ha vuelto, en muchos aspectos prácticos, una ciudad”. Estudiar esta transición es el difícil reto que ha asumido *Postmetrópolis* y que considero que ha solventado con éxito.

Las debilidades del libro serían, por un lado, el hecho de que esté muy centrado en la realidad norteamericana, con todas sus particularidades, y eso, junto a la innovación conceptual, que si bien es sugerente puede resultar un poco enrevesada, serían elementos capaces de generar cierta distancia en algunos lectores. Además, por ser quisquillosos, encontramos un obstáculo en el elevado volumen de páginas, y en cómo a pesar de la extensión del libro, se detiene poco en los movimientos sociales urbanos y por la justicia espacial que constituyen uno de sus pasajes más interesantes.

*José Luis Fernández Casadevante*  
Miembro de Ayni S. Coop. Mad.  
y colaborador del CIP-Ecosocial.